

## Festival de Cáncer, Londres, junio de 2018

Dominic Dibble

Bienvenidos a nuestro encuentro de luna llena en el signo de Cáncer. El pensamiento simiente que vamos a utilizar esta noche es: “Construyo una casa iluminada y en ella moro”. Desde la perspectiva esotérica, Cáncer es el signo en el cual se logra la encarnación, completando un viaje que comienza en Aries. El descenso del Alma encarnante a través de los planos mental, emocional y etérico concluye cuando toma posesión de un vehículo físico denso. Éste ha de ser su hogar durante muchos, muchos ciclos alrededor del zodiaco. “Casa” es una palabra muy sugerente: uno se puede preguntar si el “OM” que se oculta dentro de la misma puede estar allí por accidente. Para la humanidad, nuestro actual hogar es el planeta Tierra, aunque hay algunos que creen que debemos hacer todo lo posible para ampliar nuestro concepto de hogar y llegar pronto a otros planetas, antes de agotar los recursos materiales de la Tierra. ¿Pero no tendría más sentido aprender a refrenar nuestros apetitos y poder decir “basta”? La cuestión de si podemos conformar una civilización global que pueda aceptar los límites auto-impuestos se vuelve más urgente cada año. Y también está el punto psicológico más sutil de si la especie humana puede aprender a reconciliar sus diversas culturas. ¿Podemos crear espacios de verdadera bienvenida y pertenencia para todos en todas las naciones del mundo? Esta pregunta está en la raíz del pensamiento utópico, y esta noche estaremos reflexionando sobre cómo podrían ser las cosas si tomaran forma algunas utopías.

Aunque el término “utopía” fue inventado por Sir Thomas More como título para una novela, la idea de un lugar o tiempo en el que la humanidad vive en armonía, es antigua. Los griegos y los hindúes tienen sus mitos de una Edad de Oro, un tiempo pasado que está destinado a reaparecer cíclicamente. Helena Blavatsky describe el ciclo de las Eras desde la perspectiva hindú. En un artículo habla de siete Eras posibles, de acuerdo con los siete planos y siete globos. Ella sugiere que ahora estamos en la Edad de Hierro, la Era más alejada de la Edad de Oro en términos psicológicos. Puede ser esta sensación de un abismo casi infranqueable entre la Edad de Oro y nuestra situación actual, tanto en tiempo como en las condiciones psicológicas, lo que le da a los escritos utópicos su tinte de profundo anhelo de retorno y restauración. Como Adán y Eva, sentimos como si estuviéramos exiliados de un estado edénico de armonía con nuestros semejantes y con los otros reinos de la naturaleza. Otra variante de esta visión es el mito de la Arcadia. El término se deriva de la antigua provincia griega que lleva el mismo nombre. Su montañosa topografía, con una escasa población de pastores, hizo que más tarde la palabra Arcadia se convirtiera en un sinónimo poético de una visión idílica de la naturaleza virgen. Arcadia es un espacio poéticamente formado y asociado con abundante esplendor natural y armonía. El ‘Jardín’ es a menudo habitado por pastores. El concepto también figura en la mitología del renacimiento, y aunque comúnmente se cree que está en consonancia con los ideales utópicos, la Arcadia difiere de esa tradición en que específicamente se percibe más como algo inalcanzable.

A menudo se cree que los habitantes continuaron viviendo como en la Edad de Oro, sin el orgullo y la avaricia que corrompió a otras regiones. Durante la Edad de Oro prevalecieron la paz y la armonía, y la gente no tenía que trabajar para alimentarse

porque la tierra proporcionaba alimentos en abundancia. Vivían hasta una edad muy avanzada con una apariencia juvenil, muriendo eventualmente de manera pacífica con los espíritus que continuaban viviendo como “guardianes”.

Aquí tenemos una descripción del Satya yuga, la Era Primera y Perfecta, tal como se describe en la épica hindú, el Mahabharata:

“Los hombres ni compraban ni vendían, no había pobres ni ricos, no había necesidad trabajar porque todo lo que los hombres necesitaban era obtenido por el poder de la voluntad; la principal virtud era el abandono de todos los deseos mundanos. En el Krita Yuga no había enfermedad ni debilitamiento con los años, no había odio ni vanidad, o mal pensamiento, ni dolor, ni miedo. Toda la humanidad podía alcanzar la suprema bienaventuranza”.

Desde la perspectiva esotérica, estas visiones pueden sonar como una descripción de las almas antes de la encarnación. Mezclado con esto también puede haber un recuerdo racial profundo de las fases reales de la civilización cuando la guía de la Jerarquía estaba disponible para la humanidad por su presencia directa en la vida. Y la armonía con los reinos inferiores también puede reflejar la profunda simpatía con éstos, que sin duda existía cuando la humanidad estaba sólo recién emergiendo del reino animal. El desafío del pensamiento utópico es imaginar formas de restablecer estas conexiones profundas con los reinos superiores e inferiores, sólo que esta vez la humanidad tendrá un completo control consciente del proceso. Este hecho es un desafío profundo, porque sabemos que hay grandes obstáculos en todos los niveles de los tres mundos de la encarnación humana. En el plano físico-etérico, la actuación de las fuerzas de Maya crean el obstáculo del materialismo. En el plano emocional, el plano de los deseos, nos enfrentamos a la amenaza del egoísmo. Y en el plano de la mente inferior, las barreras aparentemente impenetrables de la separatividad bloquean nuestro camino. ¿Cómo vamos a encontrar nuestro camino a través de estos campos de fuerza acumulada que se oponen? Y más allá de ellos, ¿cómo vamos a dar el gran salto de voluntad impregnada de fe que nos permita penetrar la mente abstracta, hasta los palacios espirituales que existen en los éteres más elevados del sistema? Examinando algunas utopías contemporáneas, podremos encontrar algunas pistas.

Antes de hacerlo, hagamos una pausa y luego digamos juntos la Afirmación del Amor que aparece en el intervalo inferior, o etapa 6 de la meditación:

*En el centro de todo Amor, permanezco.  
Desde ese centro, yo, el Alma, surgiré.  
Desde ese centro, yo, el que sirve, trabajaré.  
Que el Amor del Ser divino se derrame por todas partes.  
En mi corazón, a través de mi grupo y al mundo entero.*

En los escritos de Ursula K. Le Guin, que falleció en febrero de este año, hay fuertes y complejas líneas de pensamiento utópico que caracteriza muchas de sus ficciones y también le dan forma más explícita, al menos en cuatro de sus obras. De éstas, sólo una, *Los desposeídos*, está explícitamente subtitulada como una utopía, y aún entonces, se denomina una “utopía ambigua”. Mediante el uso de “ambigua”, Le

Guin está reconociendo lo difícil que es para la naturaleza humana adoptar y poner en práctica ideas que pueden transformar las comunidades en espacios donde predominen las correctas relaciones. De hecho, la sociedad de Anarres descrita en *Los desposeídos* es quizás la más alejada de las utopías de Le Guin de este ideal. En esta sociedad explícitamente anarquista, todos los ciudadanos tienen igual acceso a los recursos, pero está situada en un lugar donde hay escasez de recursos naturales. Esta falta de abundancia hace que sea esencial que todo el mundo coopere y sacrifique sus deseos individuales por el bien del conjunto; pero la pregunta de si este nivel de intensa cooperación continuaría si los recursos fueran más abundantes sigue estando abierta. Y aunque en una sociedad anarquista supuestamente no hay jerarquías de autoridad y control, en el curso de la historia es evidente que el carácter irredento de la personalidad humana muestra que estas jerarquías no se han ido, simplemente han tomado formas nuevas y menos visibles. Así que Anarres, “Una utopía ambigua”, sirve como una lección útil de que para crear una sociedad más iluminada se requiere que el individuo trabaje paralelamente en su propia iluminación.

Antes de mirar otras obras utópicas, vale la pena tener en cuenta tal vez la más sutil expresión del idealismo utópico que corre a través de varias de sus novelas y relatos cortos. Es la idea de los Ekumen, una afiliación libre y voluntaria que existe entre sociedades planetarias de carácter muy diferente. Una de las ideas claves es que cuando se encuentra una nueva sociedad planetaria, los Ekumen envían un pequeño equipo de observadores que buscan mezclarse discretamente en esa sociedad con el fin de comprender mejor sus culturas. Después de un largo y cuidadoso período de observación, se envía una sola persona a los líderes de esa sociedad planetaria, el Móvil, para anunciarles la existencia de los Ekumen e invitar a su planeta a unirse. Como es de esperar, la llegada del Móvil puede encontrarse con toda una gama de respuestas, desde incredulidad hasta la oposición de diversos tipos e incluso la violencia absoluta. Aquí tenemos un Móvil hablando a otro personaje de Le Guin en *La mano izquierda de la oscuridad*:

“Vine solo porque pensé que era para su bien, tan obviamente solo y vulnerable, que no pudiera representar una amenaza, ni cambio al equilibrio: no es una invasión, soy un simple joven mensajero. Pero hay algo más. Solo, yo no puedo cambiar el mundo; pero puedo ser cambiado por él. Solo, yo debo escuchar y también hablar. Solo, finalmente, la relación que establezca, si establezco una, no es impersonal y no sólo política: es individual, es personal, es más y menos que la política. No es Nosotros y Ellos; no es Yo y Eso sino Yo y Tú. No es política, no es pragmática sino mística. En cierto sentido los Ekumen no son un cuerpo político, sino un cuerpo místico. Considera que los principios son muy importantes; los principios y los medios. Su doctrina es justo lo contrario de la doctrina de que el fin justifica los medios. Procede, por tanto, de maneras sutiles, lentas, singulares y arriesgadas; así como lo hace la evolución, que es en cierto sentido su modelo... Así que me enviaron solo, ¿por tu bien? ¿O por el mío? No lo sé. Sí, ha hecho las cosas difíciles”.

“Sí, ha hecho las cosas difíciles”. Le Guin reconoce una vez más la obstinación de la naturaleza humana y también de la cultura humana, de las tradiciones humanas, de la dificultad de transformarlas en direcciones positivas, incluso cuando hay la mejor

voluntad del mundo. Y la referencia al modo sutil, lento, singular y arriesgado de actuar de los Ekumen, asemejándose a la forma como funciona la evolución, señala la necesidad de transformación trabajando desde dentro, orgánicamente. En cierto sentido, un Móvil es una versión idealizada de un antropólogo cuando encuentra una nueva cultura. Incluso podríamos ampliar la idea de considerar al Móvil como un Avatar, un Avatar de una forma superior de relación en la que el objetivo es el esclarecimiento y enriquecimiento mutuo. En los libros de Bailey se destaca lo difícil que será la tarea del Cristo cuando reaparezca como el Avatar de la Era de Acuario. Él también viene de un lugar de relaciones y energías superiores dentro de la conciencia. Su tarea es tratar de ayudarnos a entender su importancia y cómo pueden aplicarse en el contexto de nuestras instituciones existentes. A veces esto significará la destrucción o la transformación radical de las instituciones y tendremos que luchar para reconocerlas como 'la casa'. Pero el Templo del Señor, la Casa iluminada de Cáncer, debe ser construida nuevamente para cada nueva era, y el tiempo de Acuario está sobre nosotros.

Le Guin presenta otra perspectiva de la utopía en uno de sus últimos trabajos, *El decir*. En esta novela, la sociedad planetaria de Aka es una adición reciente a la de los Ekumen y sufre de lo que puede considerarse como los dolores del crecimiento, a medida que lucha por entender los principios más elevados de los Ekumen. La cultura de larga data de la mayor parte del planeta, descrita en términos que recuerdan el taoísmo, está sufriendo una violenta represión, mientras una pequeña minoría busca motivar a la gente para lograr los avances tecnológicos que permitan el vuelo espacial. Los Ekumen mandan un enviado para tratar de entender lo que está sucediendo. Una lección que podemos extraer de *El decir* es que se debe evitar equiparar la evolución de la sociedad con el progreso puramente materialista. En cambio, Le Guin subraya el valor de un conservatismo positivo, donde las prácticas culturales tienen por objeto preservar las relaciones positivas entre los seres humanos y con otros reinos. Este reconocimiento del valor de algunos aspectos del pasado refleja otra vez la tarea del Cristo, porque se dice que cuando regrese "Se dispondrá a restaurar los antiguos jalones espirituales" (*Ext.* p.573). Sin embargo, también "eliminará lo no esencial" (*ídem*), y la humanidad puede ser sorprendida y perturbada por lo que es no esencial.

La utopía mejor lograda de Le Guin tiene un título que resuena fuertemente con nuestro tema: *Volviendo siempre a casa*. Es una obra poco convencional que teje la poesía y la narrativa junto con el folclore imaginario y notas de campo antropológico. De hecho, el lector ocasional fácilmente podría considerarla en un principio como no-ficción, como reflexiones de una antropóloga al encontrarse con un pequeño grupo de nativos americanos en un valle californiano. Este valle, considerado como un lugar plenamente realizado y sagrado, es central en el libro. La conexión y el arraigo al lugar, una profunda solidaridad con todos los otros seres tanto físicos como no-físicos presentes en ese lugar, es uno de los principales elementos utópicos. Presenta una meditación rica y sutil sobre lo que significa sentirse 'en casa': en un lugar físico, en una familia, en una comunidad y en el mundo. Uno de los temas explorados en las recientes conferencias de la Escuela Arcana fue nuestro vínculo con el reino dévico, y cómo pronto podremos empezar a conectarnos con él a fin de servir mejor al Plan. La creciente conciencia ecológica (del griego antiguo *oikos* y *logos* que significa "el estudio de la casa"), el reconocimiento de la importancia que daban los

nativos al conocimiento de la naturaleza y la importancia que se debe dar a la atención de las pequeñas comunidades, pueden todas ser manifestaciones externas de esta evolución de la conciencia.

Uno de los principales problemas que actualmente enfrenta la humanidad es que la tendencia general parece estar a favor del debilitamiento de las conexiones locales y propias del lugar promoviendo una existencia más desarraigada. Las ciudades se vuelven cada vez más grandes a expensas de los pueblos y aldeas. Millones de personas se están trasladando debido a los conflictos, la persecución o la pobreza. Y algunos trabajadores con conocimientos se están convirtiendo en 'nómadas digitales' y trabajan desde cualquier lugar que tenga una conexión Wifi, ya sea en una playa en Bali o en una buhardilla de Manhattan. Las empresas están empezando a atender a este pequeño núcleo de la tendencia migratoria global. Por ejemplo, hay una empresa *WeWork* (nosotros trabajamos), que comenzó creando "espacios de compañeros de trabajo"; son espacios pequeños de oficina bien equipados que se alquilan a particulares y pequeñas empresas. Luego se trasladaron a *WeLive* (nosotros vivimos), de alojamiento cómodo cerca de sus instalaciones *WeWork*, buscando crear una sensación de comunidad. Y ahora están planeando *WeGrow* (nosotros crecemos), una escuela para los hijos de sus clientes de *WeLive*. Es probable que la idea sea que sus clientes puedan moverse de una instalación a otra, rodeados por una burbuja de clientes asociados, sin preocuparse demasiado acerca del país en que están. ¿Pero realmente sentirán sus clientes que están en casa? ¿Tendrá alguna sustancia las comunidades construyen? Por supuesto, esta empresa sólo está atendiendo una pequeña porción de personas con buena posición económica; esta solución no está disponible para la gran cantidad de refugiados e inmigrantes.

Parece que hay una necesidad de nuevos y ágiles protocolos o rituales de aceptación e integración para las personas que llegan a las comunidades. Cada grupo tiene que aprender a encontrarse con el otro a mitad de camino, con una medida de compromiso por parte de los inmigrantes a respetar las costumbres de la comunidad; y una medida de flexibilidad de los lugareños. Esto sugiere la necesidad de un espacio/lugar/foro a mitad de camino donde puedan celebrarse reuniones, negociaciones y rituales de bienvenida. Una parte importante, y tal vez infravalorada de este trabajo, en el pasado había sido realizada por las iglesias e instituciones religiosas. Pero a medida que pasa la era pisciana, este está disminuyendo, entonces la pregunta es si se pueden encontrar otras maneras de hacerlo. Esta necesidad de restablecer la identidad de las comunidades de una manera más flexible y abierta, de renegociar su relación con el conjunto más amplio, es tal vez parte de lo que hay detrás de algunos de los intentos más progresivos hacia la autodeterminación nacional o regional.

Volviendo a Le Guin, hay un último detalle curioso en la utopía *Volviendo siempre a casa*, y también un detalle similar en "*Un hombre del pueblo*", un cuento corto que proporciona la mejor descripción del pueblo Hainish, con una historia que se remonta más de tres millones de años. En *Volviendo siempre a casa*, lentamente emerge el hecho de que las pequeñas comunidades de la sociedad humana, llamadas colectivamente la Ciudad del Hombre, hacen uso de la electricidad y otras piezas de la parafernalia de la tecnología avanzada; pero las computadoras y los robots están separados de la sociedad y se llaman la Ciudad de la Mente. La Ciudad de la Mente

comparte libremente el conocimiento que adquiere con los seres humanos y de vez en cuando piden información acerca de sus prácticas culturales. De resto, no hay ninguna interacción real entre la Ciudad de la Mente y la Ciudad del Hombre. La sociedad de Hainish, en su mayor parte viven en comunidades pequeñas y autorreguladas, con tradiciones locales fuertes, con una división casi como la de las castas en cuanto a los roles de trabajo y comunidad, y con una cuidadosa y limitada utilización de la alta tecnología; sin embargo, también hay una pequeña parte de la sociedad llamada 'los historiadores' que son los principales responsables de los equipos avanzados y de la tecnología que permite el contacto con otros planetas. Tal como se representa en *"Un hombre del pueblo"*, la decisión de unirse a los historiadores representa una importante y preocupante transición psicológica, ya que el sentido de identidad del protagonista es cuestionado. Las tradiciones locales que hasta ahora lo habían caracterizado se le revelan como sólo una entre una desconcertante variedad de formas de vida, no sólo de las diversas comunidades de Hain formadas a lo largo de su historia, sino también de la de otros planetas.

Creando esta distinción entre dos modos diferentes de vida: uno basado intensamente en el lugar y ligado a la tradición, y el otro muy enfocado en el mayor conocimiento posible, Le Guin provoca una reflexión sobre el valor y el papel de la mente concreta en la vida humana. Ella no da respuestas fáciles, pero sugiere que el equilibrio varía entre una persona a otra, y que hay que encontrar un equilibrio en el individuo y en la sociedad. Como esoteristas estamos familiarizados con la idea de que la mente inferior es "el matador de lo Real" en lo que al individuo se refiere, y aplicar esta idea a las sociedades, es una extensión interesante. Una vez más, se enfatiza la conexión entre el trabajo espiritual del individuo mismo y la espiritualización o redención de la sociedad. Iluminar la casa del yo, la casa grupal y la casa de la humanidad con la nueva Luz de Acuario es la tarea que tenemos por delante, y nuestro trabajo de meditación esta noche es parte clave de este trabajo.